

CAPITULO XII.

Protesta del Ayuntamiento.—Ocupacion de México.—Combate en las calles.—Marchas y contramarchas del ejército mexicano.—Renuncia la presidencia el general Santa-Anna.—Fin de la campaña del Valle de México.

Una vez desocupada la capital de la República, el Ayuntamiento, que desde las primeras horas de la noche del 13 había estado reunido en la sala de cabildos del palacio municipal, envió en comision al cuartel general enemigo, sito en Tacubaya, á los regidores D. José Urbano Fonseca, D. José María Zaldívar, D. Juan Palacios (que poseía muy bien el inglés) y el oficial mayor Don Leandro Estrada, quienes á las cuatro de la mañana del 14 se presentaron en Tacubaya al general Scott con la si-

guiente protesta: «El Ayuntamiento de México protesta del modo más solemne á nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norteamericano, que si los azares de la guerra han puesto á la ciudad en poder de los Estados Unidos del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente á ningun jefe, persona ni autoridad, sino á las que emanen de la Constitución federal sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que de hecho dure la dominacion extraña.» (1) Presenta-

(1) Firmaban la protesta el alcalde municipal D. Manuel Reyes Veramendi; los regidores D. Juan María Flores y Terán, D. Vicente Pozo, D. Lucio Padilla, D. Rafael Espinosa, D. José Urbano Fonseca, D. Agustín Díaz, D. José María Bonilla, D. Mariano de Beraza, D. Juan Palacios, D. Pedro Tello de Meneses, D. Leonardo Pinal, D. Mariano de Icaza y Mora, D. José María Aguayo, D. José María Zaldívar, D. Antonio Balderas, D. Antonio Castañon y D. José María de la Piedra o el oficial mayor D. Leandro Estrada. Este último y los Sres. Pozo y Padilla viven todavía.

ron además algunas proposiciones en favor de la ciudad y sus habitantes pacíficos, y Scott, á reserva de ocuparse más tarde de varios asuntos, ofreció por su propio honor, la dignidad de los Estados Unidos y el espíritu del siglo, conceder todas aquellas garantías que fuesen compatibles, y por último manifestó impondría á la ciudad una contribucion moderada para objetos especiales.

Retirada la comision del Ayuntamiento, mandó Scott sus órdenes para que los generales Wort y Quitmann avanzasen á la ciudad lenta y cautelosamente, y ocupasen los puntos más fuertes y dominantes.

El general Quitmann á la hora del alba ocupó la Ciudadela, adonde encontró treinta piezas de artillería, estando la mitad desmontadas; despues continuó hácia el centro por las calles de Humboldt, 1ª de la Providencia, Alco-

nedo, Nuevo México, Rebeldes, S. Juan de Letran, 1ª, 2ª y 3ª de San Francisco y Plateros hasta la plaza de armas. Una vez en ésta, el capitan Roberts fué designado para enarbolar en el palacio nacional la bandera americana, á cuya operacion le ayudó por fuerza el guarda mayor del alumbrado Pomposo Gómez.

El general Worth, cuyas tropas ocupaban San Cosme y San Fernando, avanzó á las cinco de la mañana por las calles de San Hipólito, ocupando la Alameda, y calle de Corpus Christi, pero por orden superior se detuvo la cabeza de la columna en la esquina del Puente de San Francisco y callejon de López.

El general en jefe Scott, montado en un corpulento caballo y seguido de un numeroso Estado mayor, entró á la plaza de armas á las ocho de la mañana,

siendo saludado con entusiasmo por sus soldados.

Nuestro pueblo que había dormido en la creencia de que el general Santa-Anna no abandonaría la ciudad, al despertar y ver que en el palacio nacional ondeaba el pabellon de las estrellas no pudo contener su ira é indignacion, y pronto llegó á las vías de hecho, rompiendo un vivo fuego de fusilería desde las esquinas de las calles, puertas, ventanas y azoteas de algunas casas. El primer tiro se dirigió al general Worth, que estaba á caballo en la esquina del callejon de López, pero no le dió á él, sino que fué á herir en una pierna al coronel Garland.

El combate se generalizó y en todas las calles que ocupaban los invasores se peleaba con arrojo y entusiasmo, y los mexicanos que no tenían armas hacían uso de palos y piedras.

La conducta del pueblo mexicano indignó á los generales americanos que creían no tener ya enemigo alguno y Scott dictó medidas muy enérgicas, previniendo que con los obuses y piezas de sitio fuesen voladas las casas de donde salían los disparos, pero por fortuna no se efectuó, debido á la falta de pólvora, que era preciso traer de Chapultepec, pero multitud de casas fueron abiertas á hachazos, subiendo los soldados á las azoteas, y asesinando á cuantos caían en sus manos, quizá muchos inocentes, como la confiesa el mismo general Worth.

Sobre este particular leemos en la obra "Apuntes para la historia de la guerra:" "Aun en medio del combate, los enemigos se entregaron á los más infames excesos: horribles fueron los desastres que señalaron la ocupacion de México. El que no haya visto á una

poblacion inocente, presa de una soldadesca desenfrenada, que ataca al desar- mado, que fractura las puertas de los hogares para saquearlos, asesinando á las pacíficas familias, no puede formar se idea del aspecto que presentaba en- tónces la hermosa cuanto desgraciada capital de la República. Una tropa or- denada, disciplinada y bien organizada que aparece triunfante en una pobla- cion, causa á los habitantes solamente el pesar de ser subyugados por la fuer- za; pero un ejército mal equipado en su mayoría, desordenado y vicioso, que os- tenta con el descaro de la embriaguez adefesios del juglar en sus vestidos, y la feroz brutalidad del salvaje en sus ex- cesos, más que al soldado valiente re- presenta al bandido, y causa á la vícti- ma de su iniquidad más que el pesar del vencimiento, la vergüenza de la hu- millacion.„

El Ayuntamiento de México á pesar de comprender la justa ira del pueblo, tenía primero que cumplir con sus sa- gradas obligaciones en favor de la ciu- dad que representaba, expidió una pro- clama instando por el restablecimiento de la tranquilidad, pero sus palabras no fueron oidas porque los ánimos estaban muy exaltados, y sólo con la entrada de la noche se suspendió el combate.

Un individuo del pueblo llamado Próspero Perez al romperse las hostili- dades en la mañana, marchó en busca del general Santa-Anna para solicitar un auxilio, y lo alcanzó en San Cristó- bal Ecatepec, adonde estaba con la ca- ballería, pues el general Herrera desde la madrugada había salido de Guadalu- pe Hidalgo para Tlalnepantla. El ge- neral Santa-Anna vino inmediatamen- te á México y en la garita de Peralvil- lo mandó construir una fortificacion

que pusiera á cubierto á su infantería, compuesta de trescientos surianos, é hizo entrar en la ciudad los regimientos 1.º y 9.º de Guanajuato. Uno de éstos acometió por las calles de la Concepcion y Santa Isabel al 8.º de infantería, que mandaba el mayor Montgomery. Juzgando el general en jefe sin ninguna importancia el movimiento del pueblo y que pronto sería vencido, dispuso á la oracion de la noche retirarse con sus fuerzas á la villa de Guadalupe, y como desde San Cristóbal había mandado órden al general Herrera para que regresara á México, le envió contraórden y que siguiera para Querétaro.

Amaneció el 15 de Setiembre y cuando se creía aplacada ya la ira popular, volvió á resonar el estallido de las armas. Se renovaron las terribles escenas del día anterior y el general Santa-Anna volvió á Peralvillo, pero todo fué

en vano, cesando las hostilidades á la oracion de la noche, y el 16 aniversario de nuestra gloriosa independencia, el general Scott estaba ya en pacífica posesion de nuestra hermosa capital.

El general Santa-Anna hizo dimision ese mismo día en la villa de Guadalupe de la presidencia de la República, disponiendo se encargara de ella el Presidente de la Suprema Corte de Justicia D. Manuel de la Peña y Peña, asociado de los generales D. José Joaquin de Herrera y D. José Lino Alcorta. En seguida se puso en marcha rumbo á Puebla.

La infantería desde el 15 en la mañana había salido de Cuautitlan para Huehuetoca, y cuando llevaba una hora de reposo, se presentó el teniente coronel D. José María Velazquez de la Cadena, ayudante del general Santa-Anna, con órden de éste para regresar á México.

Notable fué el disgusto de los soldados con tanta marcha y contramarcha, cometiendo muchas faltas de disciplina y subordinacion, y este desorden cundió hasta el batallon de Inválidos. La infantería regresó á Cuautitlan, habiéndose desertado como mil hombres, allí pasó la noche y cuando el dia 16 se disponía á continuar para la capital, llegó otra orden del general Santa-Anna para que definitivamente marchara á Querétaro, á cuya ciudad llegó ocho días despues, habiendo hecho jornadas muy penosas por la absoluta falta de recursos.

Así terminó la campaña en el Valle de México; y ya se ha visto que á pesar del valor y patriotismo del ejército, desde su general en jefe, hasta el último soldado, nos fué adversa la suerte debido á multitud de circunstancias, entre otras, las diferencias que existían entre

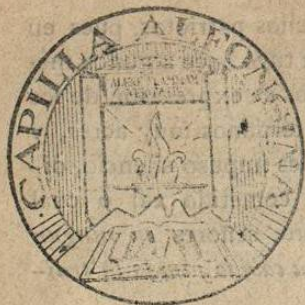
los generales Santa-Anna y Valencia, y la desobediencia del general D. Juan Alvarez para cargar con la caballería en la accion del 8 de Setiembre. Todos los cuerpos permanentes y de guardia nacional se distinguieron de una manera extraordinaria, tanto en Padierna como en el convento y puente de Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y las garitas de Santo Tomás, San Cosme y Belen. La mayor parte de aquellos valientes generales, jefes y oficiales han desaparecido de la tierra en un trascurso de cuarenta años y hoy sólo quedan uno ó dos centenares de ancianos enfermos, achacosos y pobres, puesto que desde la caida del Imperio en 1867, perdieron sus empleos.

Entre ellos recordamos á los valientes generales: D. Leonardo Márquez y D. Miguel María de Echeagaray, que en 1847 eran respectivamente coman-

dante de batallón y teniente coronel y mandaban el 1º y 3º Ligeros, cuyos bizarros cuerpos rechazaron al invasor americano el memorable 8 de Setiembre en las lomas del Molino del Rey; D. Félix Zuloaga, D. José María Alfaro, D. Miguel Andrade, D. Carlos Orozco, D. Felipe N. Chacon, D. Ignacio Orihuela, D. Agustín Zires, D. Manuel Díaz de la Vega, D. José Velázquez de la Cadena, D. Domingo Sotomayor, D. Nicolás Medina, D. Alejo Barreiro y D. Platon Roa:

Sea cual fuere la conducta política observada posteriormente por los ilustres veteranos de 1847, no vacilamos en levantar nuestra humilde voz al Sr. Presidente de la República, general D. Porfirio Díaz para que les tienda una mano compasiva, rehabilitándolos en sus empleos, y es de creerse lo haga dicho señor cuando tan buen concepto tiene

formado de aquellos patriotas, pues en una reunión que tuvo hace algunos meses, varios amigos se expresaron de los imperialistas en términos muy acres, y el general Díaz les impuso silencio, diciendo: "habrán cometido tal ó cual error político, pero, señores, *en ningún pecho mexicano ha cabido jamás la traición.*"



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

